

Presencia trascendente

Por PERLA CARTAYA COTTA

Foto: O. MÁRQUEZ

El hombre de la rosa blanca, al referirse a la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, escribió en una ocasión que esta era "...la más alta y meritoria de las Sociedades de Cuba". (O.C. T. 4, p. 418). La historia de esta Sociedad, que escribió historia, comienza en 1793, vinculada a las familias más distinguidas de la villa de San Cristóbal, a los hombres más ilustrados y, por supuesto, a la buena voluntad del Capitán General, don Luis de las Casas, quien los alentó para que solicitaran la formación de una institución similar a las existentes en España.

De modo que el 9 de enero de 1793, ante la presencia de una representación genuina de la sociedad habanera, se celebró en el Palacio de Gobierno (hoy Museo de la Ciudad), la sesión inaugural de la Real Sociedad Patriótica de Amigos del País, y esa noche fue elegido don Luis de las Casas como su primer presidente. Los Estatutos de esa institución declaraban que su objetivo estaba dirigido a promover la agricultura, el comercio, la cría de ganado, la industria popular y, oportunamente, la educación e instrucción de la juventud; por eso crearon cuatro secciones dirigidas a la atención de los aspectos antes expuestos.

Entre las primeras tareas que desarrollaron se observan las encaminadas a crear una escuela de química (necesaria a la industria azucarera), la fundación de una biblioteca pública (la más antigua de Cuba y una de las primeras de América), el apoyo a los proyectos científicos del doctor Tomás Romay y hurgar en el estado de la enseñanza con vistas a la elaboración posterior de un proyecto destinado a trabajar en los problemas que se detectaran. Tropezaban con un fuerte obstáculo: la escasez de recursos económicos destinados a la institución limitaban el avance de la misma.

Sin embargo, en 1802 se produce un hecho de notable significación para la obra de la Sociedad Patriótica y para la promoción de la cultura y la identidad nacional: la presencia del obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, quien regiría pastoralmente durante casi un tercio de siglo la diócesis de La Habana y cuyo influjo personal rebasaría las fronteras de lo estrictamente eclesiástico. Y el Obispo se interesó de inmediato en esta institución –del mismo corte de la que conoció en Salamanca-, la cual sería muy útil para los proyectos que se proponía impulsar.

El obispo Espada –que como el padre José Agustín Caballero también se inscribe en la corriente ilustrada y humanista del catolicismo español-, había nacido en Arróyare, provincia de Álava, el 20 de abril de 1756, en el seno de una familia de buena posición. Estudió en la universidad de Salamanca; fue rector del colegio San Bartolomé y diputado a las cortes de Cádiz. Fue designado para la diócesis de La Habana el 11 de agosto de 1800.

En la junta general que celebra la Sociedad el 10 de diciembre de 1802, su presidente, el Marqués de Someruelos, presenta a los "amigos del país" una grata noticia: el Obispo había expresado su deseo de ingresar en ella; por "esa sola vez", recoge el acta, se altera el orden acostumbrado y se le nombra socio de número y, como era necesario que ese día se produjera el cambio de los miembros de su gobierno, el prelado es designado por unanimidad para ocupar el cargo de Director, del cual toma posesión el 13 de enero de 1803.

El obispo Espada –que es antitratista, antiesclavista y antilatifundista- asume un proyecto de desarrollo sobre la base de la pequeña propiedad agraria. No me detendré en los detalles al respecto

porque esto rebasaría los límites de mi propósito. Junto a él, identificados con su proyecto social, se aglutinaron y proyectaron inicialmente el padre Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Felipe Poey y Domingo del Monte, a quienes el doctor Eduardo Torres-Cuevas llama la *pentarquía creadora*.

En el proyecto social del obispo Espada, al frente de la Sociedad Patriótica (o Económica), se observaron tres vertientes:



Real Sociedad Patriótica de Amigos del país (en la actualidad)

necesidad de que los presos trabajen y exhorta a la presentación de una Memoria que tratara sobre los cambios que debían producirse en la cotidianidad de los reclusos. El plan del Obispo al respecto respondía a su formación y proyección ilustradas.

2- Salud pública.

La primera visita del prelado a su diócesis (que se extendía desde el extremo occidental de la Isla hasta la zona de la actual provincia y diócesis de Ciego de Ávila), en 1804, le permite ampliar su visión sobre la precaria situación higiénica del pueblo y el estado crítico de la salud pública. Su respuesta: hace más enérgica la acción contra todas las epidemias, sobre todo en lo que se refiere a la vacuna contra la viruela. El 13 de julio del mismo año procede de la Sociedad a crear la Junta Central de la Vacuna. Espada sabe que la batalla contra la enfermedad causante de tantas muertes, sobre todo en la niñez, había que librarla simultáneamente en todas partes, por eso en la propia reunión ofrece –y así lo hace constar- las expediciones médicas que llevarían la vacuna adonde fuese necesario.

Todo ese trabajo lo organiza y ejecuta de acuerdo con su médico y amigo, el doctor Tomás Romay, y se desarrolló lo que César García Pons llama “la más admirable y atrevida campaña sanitaria que recuerdan los anales del siglo”. Esa obra, que tuvo carácter permanente, hizo posible que, a los cuatro años de iniciada, habían sido vacunados en Cuba 22 mil 226 posibles víctimas de esa enfermedad. Otra vertiente significativa del trabajo en este rubro fue la lucha para evitar los enterramientos en las iglesias y crear un cementerio general. Esa fue una tarea larga y compleja, que tuvo disímiles obstáculos y enemigos abundantes pero, contra vientos y mareas, logró que el 2 de febrero de 1806 se produjera la bendición del camposanto que el pueblo llamaba “el cementerio de Espada”. Quince años después, según los datos del obispado, habían sido enterrados allí 55 mil 846 personas.

3- Educación y cultura.

Desde 1794, los “amigos del país” tuvieron a su cargo el cuidado y la vigilancia de la enseñanza pública, pero poco pudieron hacer. Cuando el obispo Espada asume la dirección de la institución había en la ciudad 71 “escuelas”, de ellas la mayoría eran las creadas por los negros y mulatos libres en sus propias casas; allí, casi siempre en las peores condiciones, enseñaban lo que sabían a los niños de uno y otro sexos, blancos, mulatos y negros, a cambio de lo que sus padres pudieran pagar. Ante esa deplorable situación, orientó concentrar el trabajo en dos direcciones: la ayuda que fuera posible prestar a las escuelitas que existían (a las cuales llamaron “de amigos y amigas”), y la atención cuidadosa a las que pudieran provenir, o fundarse, a partir de un auténtico afán científico. Se sentía optimista porque tenían en sus manos ese gran instrumento que para el pensamiento renovador de entonces constituyó la Sociedad Patriótica, y él sabía como utilizarlo. Visita personalmente las escuelas; se ocupa de estimular a los maestros y a los alumnos; y sueña en vano con introducir en Cuba la teoría del célebre pedagogo suizo Juan Enrique Pestalozzi. Su bolsa siempre está dispuesta a dar lo necesario para constituir escuelas y mejorar las condiciones materiales y la enseñanza de las que ya existían.

Como hombre de la Ilustración, no gustaba del barroco ni del gótico: prefería el neoclásico. Creía en la influencia social de la obra artística, no sólo porque representaba una lengua para el espíritu, sino por lo que actuaba sobre este jerarquizándolo y cultivándolo. Su sentido de los valores estéticos no estaba en pugna con la fidelidad a su fe y a la Iglesia que mantuvo hasta el final de sus días.

Las inclinaciones artísticas del prelado imprimieron profundas huellas en La Habana y hasta en las regiones más apartadas de la diócesis: hizo venir, primero, a José Pirovani –formado en Roma- para que realizara pinturas en la capilla del cementerio, y no se retirará el artista sin antes trabajar cosas de poca monta en la Catedral de La Habana, en la cual Espada decide iniciar la reforma artística. Pero como su obra queda inconclusa contrata a un pintor francés: Juan Bautista Vermay, de la escuela neoclásica de David, quien pinta los techos de la Catedral y termina las obras pendientes en la misma.

El prelado le proporciona a Vermay abrir una Escuela de Pintura en el convento de San Agustín, porque considera vital lograr seguidores de la escuela neoclásica. Unos meses después, Vermay asume la dirección de la Escuela de San Alejandro, fundada por el intendente Alejandro Ramírez. Allí se esforzó por echar las bases de nuestra cultura pictórica. Es cierto que la revolución artística que el Obispo realizó generó detractores y nuevos enemigos, pero creo que tiene razón César García Pons al aseverar que el arte anduvo de su mano mientras le quedó aliento para difundirlo e imponerlo.

Tanto se preocupó el Obispo por los problemas de la cultura y la instrucción del pueblo que, cuando en 1807 cesó su labor al frente de la Sociedad, no se aleja de ella: se mantendrá vinculado a su trabajo en todos los aspectos, mediante la ayuda económica y el acertado y oportuno consejo, especialmente en lo que se refiere a la Sección de Educación, constituida hacia 1816.

A partir de la década del 20, comenzará a producirse en el seno de la Sociedad Económica una confrontación cada vez más fuerte entre el grupo de los jóvenes ilustrados (que lidera José Antonio Saco y los contrarios a las ideas de los mismos, encabezada esa actitud por el presbítero Juan

Los Estatutos
de esa
Institución
declaraban
que su
objetivo
estaba
dirigido a
promover la
agricultura, el
comercio, la
cría de
ganado,
la industria
popular y la
educación e
instrucción
de la juventud

Bernardo O’Gavan, presidente de la institución, y otros miembros de esta. El Obispo siempre estuvo al lado de lo justo, de lo que fuera mejor para el desarrollo del país, hasta que se produce su fallecimiento, en esta ciudad, el 13 de agosto de 1832.

De él, que había escrito en una pastoral (1820): “La juventud que hoy descuella es el apoyo y la esperanza de la patria” dirá, muchos años después, en Nueva York, José Martí: “...aquel Obispo español que llevamos en el corazón todos los cubanos, a Espada que nos quiso bien, en los tiempos que entre los españoles no era deshonra amar la libertad, ni mirar por sus hijos... ¡Pero han de volver sin duda los tiempos de Espada!” (*El Avisador Hispanoamericano*, Nueva York, 24 de enero de 1889). La Sociedad Económica de Amigos del País ha logrado pervivir y continuar trabajando. Al analizar la obra que a pesar de todo logró realizar, resalta, sin duda alguna, la huella luminosa de *aquel Obispo español* que sigue viviendo en nosotros.